

Hacia una sociología política de los rumores*

*Jean Bruno Renard***

MUCHOS LIBROS SOBRE RUMORES mencionan “rumores políticos”, sin embargo, el trabajo de Aldrin es el primero dedicado exclusivamente a este tema. El autor se apoya en una rica bibliografía, una gama variada de rumores y trabajo de campo (observaciones y entrevistas en varias ciudades en el sur de Francia).

Aldrin presenta el marco de referencia teórico de su investigación, situándose él mismo frente a tres paradigmas de rumor. El *paradigma psicopatológico*—que se debe a una concepción moralizante de los rumores— es descartado, considerando —en eso sigue a M.L. Rouquette— que el rumor es un fenómeno normal de la comunicación social.

El *paradigma transaccional* concibe el rumor como un intercambio de información, un producto de interacciones sociales. Aldrin hace suyo este paradigma —siendo éste resultado directo del trabajo de T. Shibutani acerca del papel de la comunicación informal (rumores) comparado con la comunicación formal (autoridades, medios de comunicación)— enriqueciéndolo con los análisis de las “buenas razones para creer” que hacen actuar intencionalmente a los individuos en el mercado de la información: “Cada uno de los actores que participan en un proceso de rumor, lo hace por razones personales,

* Philippe Aldrin, *Sociologie politique des rumeurs* PUF, París, 2005. Esta reseña fue publicada por primera vez en *Diogene* 213, Presses Universitaires de France, 2006, pp. 205-208. Traducción: Helmut Janka.

** Investigador de rumores y leyendas contemporáneas. Université Paul-Valéry-Montpellier III.

determinadas por su propia historia, la relación social y el contexto preciso en que se encuentra en ese momento” (2005:46). Esta visión “individualizante” lleva al autor a subestimar, entre los individuos y la sociedad global, el papel intermediario de grupos, de redes de “minorías activas” (Moscovici), cuyo rol es determinante en la creación y la difusión de rumores con fines ideológicos.

Finalmente, Aldrin expresa sus reticencias frente al *paradigma semiológico* que concibe los rumores como expresión de un pensamiento mítico, ejemplificada por la corriente del estudio de leyendas urbanas. Se opone a “interpretaciones derivadas de un psicoanálisis pretendidamente colectivo” (2005:129). No obstante, el autor manifiesta de manera recurrente un interés evidente en los “mitos políticos”, los “imaginarios sociales” y la “dimensión ejemplar simbólica” (2005:34) de los rumores. El “rumor Diana” (que narra que el accidente de coche sería un asesinato encargado por los ingleses y los israelíes para así impedir que se casara Diana con Dodi al Fayed) ilustra cómo los actores sociales extraen del fondo del imaginario común para construir una contra-versión del acontecimiento. Al lado de préstamos del repertorio de mitos universales, o al menos clásicos (la princesa descarriada, el amor imposible y perseguido, el complot), la narrativa está anclada en el presente y toma prestado del repertorio mitológico *ad hoc* más contemporáneo (desprecio de los países de Europa hacia los musulmanes, el poder de Mossad) (2005:32).

“El intercambio de rumores permite ver el resurgimiento del imaginario y del *pathos* en las sociedades consideradas racionalistas, individualistas y tecnológicas” (2005:276). Pero, paradójicamente, los autores clásicos que han trabajado sobre el imaginario (G. Durand) y sobre el imaginario político (A. Rezler, R. Girardet, J.P. Sironneau) son poco o nada citados. Sin duda, ello se debe no sólo al deseo conocido del autor de guardar distancia del enfoque hermenéutico de los rumores, sino también a cierto desconocimiento de la sociología del imaginario y debido también a la desconfianza teórica en relación con el imaginario que prevalece en las ciencias políticas todavía más que en la sociología. ¡Qué hueco más grande queda por llenarse todavía en los análisis de los rumores políticos! Ello se descubre desde el primer rumor estudiado por Aldrin en su “Prólogo” (el delfín de Defferre habría provocado indirectamente la muerte de aquél), donde aparece la figura mítica del Traidor (Brutus, Judas, Ganelon...). Es también por eso que el autor no ha utilizado, sin duda un error, el enfoque heurístico propuesto por Kapferer (*Rumeurs*,

París, Le Seuil, 1987, cap. 17), donde se muestra que los rumores políticos tienen la función –al igual que las historias cómicas– de construir una imagen estereotipada de una personalidad política. Finalmente, afirmar (2005:77) que los estudios de las leyendas urbanas no prestan ninguna atención a las motivaciones de los que las propalan o a las reacciones que provocan en su auditorio, es una simplificación abusiva.

Estas objeciones no cuestionan los resultados obtenidos por Aldrin, quien propone una tipología que esclarece el uso de rumores políticos, y probablemente de rumores en general, de acuerdo con tres registros (2005:86-87, 270-274):

1. *Un registro rutinario de pasar por alto las normas del decir.* Se trata de un mercado paralelo de informaciones políticas, diferente del de los medios y de las declaraciones oficiales, donde es posible decir cosas impertinentes sin que se crea realmente en ellas. Estos “chismes”, cercanos a cuentos cómicos, revelan información supuestamente oculta –abarcando los temas universales del sexo, del dinero y de la salud– y refuerzan el sentimiento de pertenencia.
2. *Un registro de ajuste a conmociones políticas* cuando, en situaciones de crisis, las fuentes oficiales de información ya no son suficientes y los rumores responden a fuertes cuestionamientos del público.
3. *Un registro alternativo en ausencia de verdad pública,* cuando el rumor llena el hueco dejado por la ausencia de información oficial, o cuando reemplaza una información oficial juzgada insatisfactoria, al revelar una verdad ocultada.

Algunos rumores políticos se inscriben claramente en uno u otro de estos registros: por ejemplo, el rumor acerca del nombramiento de Jean Tiberi como embajador cae en el primer registro, mientras que el caso de Carpentras¹ pertenece al tercero. Todavía más interesante es el hecho, tal como lo muestra Aldrin, que un mismo rumor político puede adscribirse a cada uno de los tres registros de acuerdo con el grado de implicación de las personas que

¹ El caso de Carpentras se refiere a la profanación de tumbas judías en la ciudad de Carpentras, sur de Francia, que se perpetró en 1990 (nota del traductor).

transmiten el rumor. En este sentido, el rumor según el cual la muerte de Lady Di sería un asesinato encargado, es una hipótesis insólita para la mayoría del público (registro 1), una información importante para los “fans” de la princesa, traumatizados por su muerte repentina y violenta, que demandan urgentemente más información (registro 2), y una certeza para una minoría que –por diversas razones– no cree la información oficial y favorece la tesis del complot (registro 3). Se trata aquí de una auténtica teoría de la recepción de rumores, la que propone Philippe Aldrin.

Al autor le interesa también el contenido de los rumores, pues establece (2005:106) una tipología de los rumores políticos: historias de perversión (transgresión de la moral, de la norma), historias de traición (rompimiento de amistad, juramentos violados), historias de complot (intenciones ocultas, contactos secretos, alianzas contra-natura) y las historias de males encubiertos (enfermedades, pasado turbio).

Las páginas dedicadas al antisemitismo y al caso de Carpentras son un tanto débiles: inexactitudes (1868 no es el año de la fabricación de los *Protocolos de los Sabios de Sión* por la policía secreta zarista, sino el de la publicación del panfleto de Maurice Joly, que les sirvió de inspiración de modo indirecto); lagunas (por ejemplo, es una lástima que no se haya citado el estudio de Michaël Prazan y Tristan Mendes France sobre los rumores antisemitas de 1920 en París –*La Maladie n° 9*, París, Berg International, 2001– o el artículo de Patrick Rateau sobre los mecanismos socio-cognitivos en función en el rumor de Carpentras: “Pensée sociale, mémoire collective et saillance d’un événement: l’affaire de Carpentras”, *Psychologie & Société*, núm. 4, 2002); generalizaciones (la demostración de una influencia de la imagen de Israel después de la guerra israelí-árabe de 1967 en el rumor de Orleans² es poco convincente). Por otro lado, Aldrin vierte toda su sofisticación como analista politólogo en los capítulos sobre los rumores como arma política, como por ejemplo, la estigmatización de las mujeres políticas, y sobre el lazo entre rumores y opiniones, particularmente el rumor inverosímil de la llegada de

² Rumor sobre la trata de blancas que culpaba a judíos, dueños de boutiques. Circuló en 1969 en Orleans y en muchas otras ciudades después. Este rumor y el antisemitismo que conlleva fue estudiado por Edgar Morin (1969), *La rumeur d’Orleans*, Seuil, París (nota del traductor).

tanques soviéticos a Francia en mayo de 1981, una excrecencia fantasiosa de la opinión de una parte de la población asustada por el acceso al poder de la coalición socialista-comunista.

En resumen, la obra de Aldrin enriquece la reflexión sobre los rumores haciendo ver el proceso de cristalización de un rumor en creencia, “la fase de conservación del rumor” (2005:270), por ejemplo con relación a la muerte de Defferre o el “caso” de Carpentras, un proceso que ya había observado René Domergue a propósito de los rumores sobre el número real de muertes causadas por la inundación de Nimes en 1988 (*La Rumeur de Nimes*, Aix en Provence, Édisud, 1998).